

¿Democracia sin partidos?

LA DEMOCRACIA POLITICA, ESA SUPERIOR CREACION de Occidente que llevó al terreno de las instituciones su filosofía liberal, nació sin tener en mente a los partidos políticos. Se diría que incluso los rechazaba, como ocurre en 1791 en la Revolución Francesa, que elimina por ley todo tipo de corporación entre los hombres, apuntando a la drástica liquidación de todo intermediario entre el Estado y el ciudadano. El hecho es que, en este siglo, el desarrollo de los partidos fue creciente y muy particularmente después de la primera guerra mundial se universalizó el procedimiento asociativo para la acción política. Puede decirse que a partir de allí resulta imposible entender la democracia sin partidos. Pasa a ser una partidocracia, en que, más que la opinión individual del ciudadano, quien decide es la opinión partidaria.

El último medio siglo ha sido el tiempo de los partidos. Hasta que, en los últimos años, un poco insensiblemente, comenzaron a aparecer síntomas de fatiga traducidos en electorados independientes. Era y es algo muy particular: una actitud individual, desvertebrada, que se va expresando de un modo espontáneo. El ciudadano reivindica su autonomía. Elude el compromiso de la pertenencia. En Europa se incluye el fenómeno dentro del llamado posmodernismo como parte de una reacción individualista, algo romántica, que resiente de los esquemas racionalistas propios de la modernidad.

Cuando también América Latina experimentó la misma reacción, el fenómeno alcanzó una dimensión distinta. El ascenso meteórico de figuras ajenas a la política como Fujimori o Vargas Llosa, de políticos nuevos como Gaviria o Collor o aun exguerrilleros como Navarro Wolf, marcó un resquebrajamiento partidario fuerte. Las encuestas muestran desapego a los partidos y un muy bajo respeto para su escenario natural de confrontación que es el Parlamento. Aparece en la sociedad un constante reclamo de novedad, de cambio, de renovación. Se reclama gente distinta, procedimientos distintos, soluciones políticas menos políticas, si cabe la paradoja.

La cuestión es profunda y hace al destino de la democracia misma. Que un partido muchos años en el poder sufra una usura y produzca un ansia de renovación es explicable y se ha observado desde siempre. Que la reiteración de los mismos elencos dirigentes puede fatigar también es explicable. Lo que resulta menos entendible es ese rechazo genérico de lo político. Podrá un partido o un dirigente haber pecado de "electorialismo" o de "internismo" (disputas de tendencias partidarias internas), pero que de ahí derive un rechazo a todos los partidos y toda la política es realmente muy peligroso.

La presencia de ciudadanos independientes en la vida política puede ser un aporte valiosísimo, un refresco de cuadros, un contrapeso para el manejo cerrado de los comités, a veces hasta un principio de tecnificación. Pero conlleva el enorme riesgo de la falta de disciplina partidaria, de la ausencia de una imprescindible experiencia. Se pierde previsibilidad, se puede caer en entornos caprichosos desapegados de los procedimientos del Estado.

En otro plano, una opinión pública que no sigue los grandes causes de las opiniones partidarias cae muy fácilmente en cualquier aventura o en los montajes publicitarios que el inmenso poderío de los medios de comunicación hoy tiene a su alcance. Una candidatura puede "inventarse" y ello es de gran peligrosidad para una democracia que ontológicamente se basa en el ciudadano y no en el dinero. Una plutocracia corporativa dueña de medios de difusión y poder económico puede llegar a tener todos los males de los partidos pero ninguna de las ventajas.

Julio María Sanguinetti

